

17 DE OCTUBRE DE 1945: LA OTRA HISTORIA

Alfredo Mason

Secretaría de Derechos Humanos de la
Provincia de Buenos Aires (Argentina)

Resumen

Sobre el acontecimiento del 17 de octubre de 1945, la mayor parte de la bibliografía actual relata tanto los sucesos como la historia de sus protagonistas, pero hubo otra historia, la de aquellos que vieron en él un hecho negativo. Este artículo relata la última visión.

Palabras clave: historia política, trabajadores, peronismo, antiperonismo, intelectuales.

Artículo recibido: 09/07/15; **evaluado:** entre 21/07/15 y 10/09/15; **aceptado:** 20/09/15.

El 17 de octubre es, para los jóvenes de hoy, una gesta cívica de nuestra historia. Pero no siempre fue así... fue negado y estigmatizado por quienes contaban –y algunos siguen contando- la “otra historia”.

No solo es el mito fundacional del peronismo sino también del antiperonismo, pero lejos de la estigmatización es necesario entender como pensaban quienes lo negaron para entender a un sector de nuestro pueblo.

El clima

Por medio de dos documentos de la época podemos reconstruir el clima que viven los opositores al Gobierno en 1945. En primer lugar aparece en el mes de marzo una declaración de autoexiliados en Montevideo titulada Los demócratas argentinos reclaman la solidaridad del continente, en la cual se solicita a los medios de comunicación e intelectuales que promuevan el “restablecimiento de la vigencia de la Constitución y del régimen democrático en Argentina”, pues esta se encuentra “tiranizada por un grupo de militares nazis [...] se impone la necesidad de respetar [la democracia] por la acción combinada de los pueblos americanos”. La firman, entre otros, Nicolás Repetto, Julio Noble, quien a los pocos meses fundara Clarín, José Aguirre Cámara y Rodolfo Ghioldi (Altamirano, 2015: 88-90).

El otro documento donde se expresan las “fuerzas vivas” se produce en junio y es titulado Manifiesto del Comercio y la Industria en el cual se pronuncian la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, la Cámara Argentina de Comercio y algunas cámaras provinciales, las cuales expresan al Gobierno estar

Movidas por la intranquilidad creciente de un ambiente de agitación social que venía a malograr la disciplinada y pujante eficiencia del esfuerzo productor, y cuya gravedad hallaba origen en el constante impulso que se le deparaba desde dependencias oficiales [...] Nos referimos a la creación de un clima de recelos, de provocación y de rebeldía, en el que se estimula el resentimiento y un permanente espíritu de hostilidad y reivindicación, por efecto del cual se destruye la solidaridad en la justicia, única fuente de trabajo, de bienestar y de progreso (Altamirano, 2015: 81).

Los medios de comunicación

Los medios que expresaron la “otra visión” del 17 de octubre fueron: La Prensa, La Nación, Crítica, Clarín, La Razón, El Mundo y Noticias Gráficas y las publicaciones partidarias La Vanguardia (socialista), Orientación (comunista), Antinazi y Orden Cristiano (católico liberal), mientras que el apoyo a Perón estaba expresado por periódicos de menor tirada como La Época (diario yrigoyenista de Eduardo Colom), El Pueblo (órgano católico) y Tribuna (publicación nacionalista) (Rein-Panella, 2008: 35).

Para La Prensa la principal noticia a publicar el 18 de octubre había sido la crisis de gabinete: “El presidente de la Nación anunció anoche las renunciaciones de los ministros de Guerra y Marina”, la información sobre lo ocurrido en la plaza de Mayo se iniciaba recién en la página 7, bajo el título Desde los balcones de la Casa de Gobierno hablaron el Primer magistrado y el coronel Perón.

Los matutinos del miércoles 17 reproducían las declaraciones formuladas a la agencia británica Reuter por el ministro Ávalos, en las que sostenía que “Perón fue invitado a trasladarse a la isla Martín García, en nombre del presidente de la República y en el mío propio, a fin de evitar que se cometiera algún atentado contra él. No es un secreto que querían matarlo y que la multitud pedía a gritos su cabeza”. En otra parte de sus declaraciones restó toda importancia a la actividad de los peronistas en esos días, calificándolos de “elementos desplazados que han tratado de crear disturbios para hacer fracasar al gobierno” -agregando que- “actualmente estamos gestionando con el procurador general de la Nación, doctor Juan Álvarez, la creación de un gabinete de civiles integrado por personalidades respetables y apolíticas” (Gambini, 1969).

Surge por entonces una expresión claramente denigratoria acuñada por Américo Ghioldi - socialista- que hurgará en el idioma buscando una palabra infamante hasta encontrar el despectivo “descamisado” (pobre, desarrapado) que en tiempos del rey español Fernando VII habían endilgado los absolutistas a los liberales. El periodismo opositor lo adopta rápidamente y aparece por primera vez en el diario El Mundo ya en su crónica del 18 de octubre de 1945. Años después, es la propia Evita la que legitima en su discurso dicho término:

Descamisados fueron todos los que estuvieron en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945 [...] Aun si hubo allí alguien que no fue materialmente hablando, un descamisado, ese se gana el título por haber sentido y sufrido aquella noche con todos los auténticos descamisados y para mí ese fue y será siempre un descamisado auténtico (Perón Eva, 1951: 116).

Esto señala una característica de la nueva cultura política que comienza a generarse a partir de entonces: ante la descalificación a lo popular, se invierte el sentido y se le transforma en un signo positivo. Así el descamisado se transformó en un valor para el trabajador, lo mismo que el “cabecita negra” o “negro y peronista”.

El diario más tendencioso en la información fue Crítica, el cual publicó una foto de cinco manifestantes con un epígrafe que decía “he aquí una de las columnas que desde la mañana se pasean por la ciudad en actitud revolucionaria, agregando el pueblo los vio pasar, primero un poco sorprendido y luego con glaciación indiferencia” (Sirven, 1984: 40).

La Razón informó esa misma tarde que mientras todavía seguían concurriendo columnas a la plaza de Mayo

(...) algunos se desprendían del grueso de la columna para dedicarse a dejar estampadas en las paredes de los edificios leyendas propiciando la primera magistratura para el ex ministro de Guerra. Ninguna casa se salvó a todo lo largo de la avenida Montes de Oca, de esa clase de leyendas (La Razón, 17.10.1945).

Esta imagen de incultura y de brutalidad será posteriormente tomada en los textos literarios.

El semanario Orientación describió el 17 de octubre de manera singular, pues no podía reconocer la esencia “proletaria” de quienes lo habían producido, así dirá que “el coronel mostró su elenco de maleantes y hampones (...) lo lamentable es que, junto a ese elenco, haya podido arrastrar por el engaño, a algunos honestos elementos obreros sin experiencia ni perspicacia política” (citado por Sirven, 1984: 41).

La Vanguardia sostuvo que

(...) la clase obrera, la ciudadanía libre y las mujeres están con la democracia y contra el continuismo militar [...] ya hemos visto lo ocurrido los días miércoles y jueves de la semana última durante el desarrollo de la huelga general impuesta, principalmente a la población de la Capital Federal, localidades circunvecinas, La Plata y otras capitales y ciudades de provincias por el coronel Juan D. Perón y la policía (Panella-Fonticelli, 2007: 37).

Es curiosa la descripción que se realiza de los protagonistas de los hechos, los cuales son caracterizados como

(...) elementos típicos de comité; obreros municipales y del estado obligados por sus jefes; un conglomerado de hombres de trabajo indefinidos que, evidentemente, por su condición ni están agremiados y poco entienden de reivindicaciones y de problemas sociales; muchachotes, adolescentes en su mayoría, de los barrios donde se inició el movimiento y que adhirieron, primero en tren de diversión espectacular, como cuando se trata de castigar a un referí de fútbol y luego en forma más peligrosa; se les añadió a todo ello una buena dosis de elementos que viven al margen de la ley, ante la perspectiva de sacar algún provecho de los tumultos (23.10.1945) (Panella-Fonticelli, 2007: 37).

La Vanguardia Y La Prensa destacan la juventud de los protagonistas, lo cual también se refleja cuando la desconcentración pasa frente al diario Crítica, que es tiroteada provocando dos muertos y 33 heridos; los primeros serán Darwin Passaponti (17 años) y Francisco Ramos (21 años); de los heridos, diez son menores de 20 años y once, menores de 25 (La Prensa, 19.10.1945).

En un artículo publicado en el diario El Antinazi, Enrique Dickmann, sostendrá que

Perón ha resucitado a la plebe contra la sociedad civil y civilizada. «Alpargatas sí, libros no» y «sea patriota, mate un estudiante», grita el peronista. Es el grito de la barbarie contra la civilización resucitado por el totalitarismo nazi-fascista [...] El proletariado es el pueblo y el lumpemproletariat, el populacho y el candombe. El primero ha desfilado el 19 de septiembre en la marcha gloriosa de la Constitución y de la Libertad, y el segundo, en la marcha vergonzosa del 17 de octubre, viviendo al dictador (Antinazi, 1.11.1945).

El demócrata progresista Juan José Díaz Arana dirá dos años después recordando la fecha, que las mujeres de

(...) la orgía peronista, que integraban esa recua humana, iban desgreñadas y desaforadas, enloquecían a los muchachotes bravíos. Y lanzaban sus gritos de guerra: “¡Peeerón! ¡Peeerón! ¡Peeerón!” ¿Qué más podían decir en su primitiva expresión? Solamente el casi gutural grito primitivo de la selva: “¡Peeerón! ¡Peeerón! ¡Peeerón! (Argentina Libre, 17.10.1947).

Como parte de la campaña de prensa contra Perón organizada por el embajador estadounidense Spruille Braden, el 1 de junio de 1945 comienza su labor el periodista Arnaldo Cortesi (1), como corresponsal del New York Times, escribiendo lo que el diplomático no puede decir (2). Creará un flujo de relatos rayanos con el terror contra el Gobierno argentino que los diplomáticos británicos consideran “gruesas exageraciones” (Escudé, 1983: 181) (3). A pesar de ello, su “corrección política” le permitió obtener una distinción por ese trabajo de parte de quienes otorgan el Premio Pulitzer (New York Times, 7.5.1946; La Nación 25.9.2011).

Cortesi titula el informe sobre el 17 de octubre, Argentine strike backs Perón y relata que

(...) una huelga en Argentina apoya el golpe de Perón. El país está paralizado por una huelga general mientras Buenos Aires bulle en manos de las turbas [...] grupos de jóvenes irresponsables y alborotadores, la mayoría de los cuales vinieron de la ciudad industrial de Avellaneda [...] tomaron el control de las calles desde tempranas horas de la mañana y no se cansaron de marchar por la vía pública gritando el nombre del coronel Perón [...] A pesar de la huelga, La Nación y La Prensa aparecieron como siempre [...] el diario] Crítica fue ocupado por la policía después de haber sido atacado por el populacho la noche pasada (Cortesi, 1946) .

Este artículo del New York Times es utilizado como “fuente” por Arthur P. Whitaker (Blue Book Blues en Current History, 1946) y aparece como el “aparato crítico” de Harold F. Paterson (1985, II: 183), quienes fundan la visión del “nazi-peronismo” que repite la Secretaría de Estado y el mundo académico estadounidense por años.

Habrán otras manifestaciones de la prensa extranjera: el Chicago Daily Tribune informa sobre el regreso de Perón, tras los sucesos del 17 de octubre como “Argentine dictator back (18.10.1945). Mientras tanto el Jornal do Brasil hablará de una reunión de 30.000 trabajadores “en la plaza de Mayo, compelidos por la policía y matones”; El Mercurio de Chile, dirá que manifestaron millares de trabajadores, remarcando la oposición de la mayoría de los dirigentes sindicales; por su parte El País de Montevideo, reprodujo unos días después una durísima declaración de la UCR que

señalaba la falta de espontaneidad y la presión que la policía y los sindicatos habían realizado Mercado, 2015: 110-111).

Un memorioso marino

El almirante Isaac F. Rojas, años después, en sus conversaciones con Jorge González Crespo recordaba que

Perón había sido arrestado por el ministro de marina Vernengo Lima, y por el ministro de Guerra, general Ávalos. Yo creo que estos dos hombres, de buena fe y honestidad a toda prueba cometieron un grave error. En lugar de andar buscando a la «corte» - como se decía: «Gobierno a la Corte»- debían haberse hecho cargo ellos del Gobierno en una Junta Militar como hicimos nosotros, en 1955. Y debieron haberlo mantenido arrestado a perpetuidad a Perón con lo cual hubiesen extirpado el cáncer de raíz. [El 17 de octubre] la multitud desbordó la plaza de Mayo y tiró las puertas abajo [de la Casa de Gobierno]. Entraron los policías a caballo, era un revuelo increíble. De inmediato entraron unos muchachos sudorosos y que se veían muy cansados. Les parecía mentira ver un oficial parado allí. Comenzaron a dar vueltas alrededor mío y me miraban extrañados. Se acercó uno y me dijo: “¿Dónde esta Perón? Lo queremos ver, venimos cansados de Ensenada”. Le respondí: “No se donde está Perón, debe estar arriba”. En realidad Perón estaba en el Hospital Militar, pero yo no lo sabía.

Al tiempo, había acudido un teniente con un pelotón de la compañía de infantería que custodiaba la Casa de Gobierno y me dijo: «Con su permiso señor capitán, voy a desalojar a toda esta gente que está aquí adentro». «Sí» le respondí, «pero no dispare ningún tiro dentro del edificio» [...] los soldados pusieron rodilla en tierra, dieron vuelta sus fusiles –con la culata para adelante- y comenzaron a sacudirles las cabezas a los revoltosos. Sonaban sus cabezas que parecían mates [...] a eso de las once escuché el discurso demagógico de Perón (Rojas, 1993: 140).

Rojas recuerda el intento del almirante Héctor Vernengo Lima de sublevar la Marina, lo cual fracasa al no contar con el apoyo de la mayor parte de la oficialidad de esa arma y del Ejército (Rojas, 1993: 142), hecho al cual también alude Perón en un folleto titulado ¿Dónde estuvo?, firmado como Bill de Caledonia (Perón, 1998, VII: 246).

La *intelligentia*

Los intelectuales argentinos desde fines del siglo XIX tomaban el liberalismo como una identidad cultural aceptada por derecha e izquierda (Altamirano, 2000: 15), que trataba de entender la realidad desde el enfrentamiento entre civilización y barbarie y, ajena a los avatares de los sectores populares, había crecido en una tradición ligada a una Argentina agroexportadora, anglófila en lo económico y culturalmente francófona, por ello no podía concebir el peronismo sino bajo el aspecto de un fascismo criollo que se había quedado sin sustento tras la derrota del Eje. Claramente lo expresa en una carta Julio Cortázar quince días antes de las elecciones:

He pulsado todo lo posible el ambiente, y me he mezclado bastante en el proceloso mar de la política [...] finalmente, ayer tuve el inmenso orgullo de estar en la avenida 9 de Julio cuando la proclamación de la fórmula democrática. Resulta imposible intentar una descripción. Es la multitud más fabulosa que haya yo contemplado en mi vida. Si después de esto el Coronel retirado tiene todavía alguna esperanza de ganar elecciones correctas... evidentemente le funciona mal el piso alto (Cortázar, 2000: 197).

Un intelectual socialista de origen y desarrollista por adopción, Dardo Cúneo, que no adhiere al peronismo pero intenta comprender ese fenómeno político, tendrá una curiosa explicación del acontecimiento que estamos analizando. Él sostendrá que "El 17 de octubre ha sido una jornada típicamente urbana; fueron sus gestores las guarniciones militares y las masas obreras con localización, unas y otras, en el Gran Buenos Aires. El país en su conjunto, no ha tenido intervención directa", reconociendo a pesar de ello el ejercicio de una representación del resto del país (Cúneo, 1965: 108).

Más allá de la desinformación respecto de los sucesos de ese mismo día en el resto del país, Cúneo hace el intento de pensar en el origen del peronismo una participación de la clase media representada por los militares, pero que imbuida de una concepción liberal, se desenlaza del proceso por el que transitan los trabajadores. Todo ello terminará con el tiempo en un nuevo intento de unión, esta vez hegemonizado por la clase media en el desarrollismo.

La Sociedad Argentina de Escritores (SADE) debatía en 1945 la exclusión de escritores que apoyarían al gobierno o a Perón, tales fueron los casos de Leopoldo Marechal y Manuel Gálvez (4). Tras los sucesos del 17 de octubre la SADE, que venía opinando públicamente sobre la realidad política nacional, guarda silencio y posteriormente su presidente Ezequiel Martínez Estrada la enroló dentro de la Unión Democrática. No obstante, Adolfo Bioy Casares criticó a Martínez Estrada por no haber pronunciado una condena pública al peronismo (Sorrentino, 1992: 245) (5).

Tampoco la revista Sur, dirigida por Victoria Ocampo, que celebró la liberación de París en agosto de 1944 refiere a las jornadas de octubre.

Muchos de los intelectuales de ese momento portaban un desgarró en su propia identidad cultural; europeos por educación, no eran ni demasiado de allá ni demasiado de acá. En la poesía de Jorge Luis Borges *Fundación mítica de Buenos Aires* (1968: 16-17) encontramos el mejor ejemplo de aquello que denominamos “desgarro”; allí aparece en el origen de nuestro país la ambivalencia de la duda, preguntándose: “¿Y por este río de sueñera y de barro/ que las proas vinieron a fundarme la patria?”.

Y la respuesta que se busca será ficcional cuando se reflexiona sobre ese origen tan poco noble, replicando: “Pensando bien la cosa, supondremos que el río/ era azulejo entonces como oriundo del cielo”.

¿Por qué “pensar bien”? ¿Qué es lo que no se acepta? Para el poeta, desde el origen mismo hay un desgarró entre lo innoble y plebeyo de la realidad y el deseo de parecer otra cosa. Por allí aparece como escondida entre las palabras la respuesta; ¿quiénes necesitan pensar el origen? Aquellos que no se apropian de sus raíces, los que se dejan llevar por lo inalcanzable de lo aparente. Por ejemplo, la oligarquía agrícola-ganadera reconoce su nacimiento en la generación del ochenta, el empresariado industrial a partir de los treinta, los trabajadores desde 1945 y la clase media no reconoce origen alguno o, para ser más precisos, niega un origen de humilde trabajador inmigrante, desvalorizando la cultura del trabajo y sobrevalorizando la capacidad intelectual como camino de ascenso social.

En esta trama se tejió una imagen anti intelectualista del peronismo sustentada en los hechos del mismo 17 de octubre, cuando al pasar una manifestación de trabajadores por calle 7, frente a la Universidad Nacional de La Plata, los estudiantes los repudiaran frente a lo cual los manifestantes corearon “alpargatas sí, libros no” (La Nación, 18 de octubre de 1945), la frase es tomada por el dirigente comunista Américo Ghioldi quien en la última semana de noviembre de 1945 inició un ciclo de conferencias que tituló *Alpargatas y libros en la historia Argentina* como una forma de referirse a la antinomia presentada por Sarmiento entre civilización y barbarie.

Este acontecimiento marca un punto de clivaje en esta historia vista como barbarie o civilización, resignificando las categorías como “nación” y “cultura”. “Los relatos en torno al 17 de octubre erosionan cualquier pretendida linealidad y ponen en escena la crisis de la identidad nacional y de la subjetividad política tal como era concebida hasta el momento” (Balé, 2011: 150).

A poco de asumir Perón asciende a Borges –que era empleado municipal- al puesto de inspector de aves y conejos en los mercados públicos (6); para los opositores es un movimiento que utiliza la degradación irónica y parece sacado de *El arte de injuriar*, ensayo publicado por él en su libro *Historia de la Eternidad* (1936) y que en uno de sus párrafos habla de la inversión incondicional de

los términos como medio de ofender; es decir acusar al médico de matar, al sastre de nudismo “u obligar a un amante de la pulcritud y los libros a examinar mercados públicos”.

Las razones son bastante difíciles de desentrañar, aun para quien durante toda su vida mantuvo una relación antagonista con el peronismo (7), pero que quizás dio su definición más precisa: “los peronistas no son ni buenos ni malos, son incorregibles”.

Borges escribirá el cuento *La espera*, incluido en *El aleph* (1949) en el que la angustiosa espera de un hombre de sus asesinos refleja la posición del antiperonismo en esos años y que también recrea Cortázar.

Años después escribirá el *Poema Conjetural* incluido en *El otro*, el mismo (1964) donde parece levantar el lema civilización versus barbarie. En el poema Borges reconstruye los últimos pensamientos del doctor Francisco Laprida, asesinado por los montoneros de Aldao, trazando una clara metáfora sobre las masas que habían llegado al poder junto a Perón y que atemorizaban a buena parte de la clase media y alta de esos años, que veían en ellos un residuo del pasado: “La victoria es de los otros/ Vencen los bárbaros, los gauchos vencen”. Para colocar una frase antológica: “Al fin me encuentro con mi destino sudamericano”.

Pero la expresión más clara está en un texto escrito en compañía de Adolfo Bioy Casares que publica en *Crónicas de Bustos Domecq* (8), se trata de *La fiesta del monstruo*, una suerte de traducción de *El matadero* de Esteban Echeverría, una reescritura adaptada al peronismo, en la que Rosas se transmuta en Perón con la visión de un peronismo absurdo y carnavalesco que ofende la moral y las buenas costumbres, como también expresara Ezequiel Martínez Estrada. Allí plasman en un cuento breve toda la paranoia frente a la presencia amenazante del otro que viene a destruir el orden, y la parodia de la diferencia, la torpeza lingüística del tipo que no maneja los códigos que este movimiento había generado (Bioy Casares-Borges, 1977: 266). Es un relato totalmente persecutorio sobre el “aluvión zoológico” y el avance de “los grasas”.

Este relato expone de un modo marcadamente sórdido, descarnado y burlesco el horror y el desprecio que despierta en la oligarquía la irrupción del peronismo en la escena social y política, es una invasión irreverente y de animalización, donde lo monstruoso está representando en una masa aluvional que había permanecido silenciosa y dócil, que pasa a ocupar en la figura de Perón la cabeza del estado.

Quienes hablan en *La fiesta...* no se identifican con las figuras del proletariado ni del trabajador, sino con una multitud animalizada que cuestiona el orden de la rutina y del trabajo, junto con el de la política y de la nacionalidad (Balé, 2011: 151).

Apelando en su discurso a registros del lunfardo y la jerga callejera (9), el Gordo –narrador de la historia y personaje anónimo- cuenta los pormenores de la concentración que los lleva finalmente

a la Plaza de Mayo en su viaje desde Tolosa para escuchar la palabra del líder. La masa está definida a partir de un “nosotros” que los enuncia diferentes al resto de la comunidad, pero unidos a partir del común calificativo de ser “unos muertos de hambre”:

Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur y nos precipitábamos al encuentro de nuestros hermanos gemelos, que en camiones idénticos procedían de Villa Domingo, de Ciudadela, de Villa Luro, de La Paternal, aunque por Villa Crespo pululaba el ruso y yo digo que más vale la pena acusar su domicilio legal en Tolosa Norte. ¡Qué entusiasmo partidario te perdiste, Nelly! En cada foco de población muerto de hambre se nos quería colar una verdadera avalancha que la tenía emberretinada el más puro idealismo, pero el capo de nuestra carrada, Garfunkel, sabía repeler como corresponde a este farabutaje sin abuela (Bioy Casares-Borges, 1977: 262).

El personaje del Gordo se constituye como portavoz de la masa peronista y narra en primera persona a una interlocutora, Nelly, los acontecimientos ocurridos dos años después del episodio de 1945, cuando la “chusma” se junta en la Plaza de Mayo para recordar el momento fundacional del peronismo. El pueblo como sujeto colectivo aparece aquí representado con todos los atributos de lo patológico y lo monstruoso, es “la merza en franca descomposición, la merza hilarante, la turba”. A partir de la irónica reflexión sobre los resortes más finos del alma del populino, la masa aparece hipnotizada por la voz del Monstruo.

La significación de un soberano voraz y vociferante refleja aquello que la mayor parte de la intelectualidad liberal argentina concebía como lo propio del peronismo. El “monstruo” de Perón no era otra cosa que una bestia que escondía la índole criminal del régimen en una historia de carácter escénico, “hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes” (Borges, 2011, XX: 67).

Desde la generación del ochenta se había cultivado un concepto de cultura que reflejaba el accionar de la élite, de allí que esta sostuviera que “lo verdadero se define mediante lo nuestro”, lo que consiste en identificar los valores con “sus valores” (Avellaneda, 1983: 32-33), como cuando se afirma que la Argentina es el campo. Borges y Bioy Casares muestran un repertorio de expresiones racistas y prejuicios sociales compartidos por ese sector de la sociedad, lo cual impide comprender eso nuevo que aparece en la plaza pública.

La fiesta del monstruo reedita la lectura hegemónica de una oligarquía sobre un nuevo sujeto histórico que sólo puede ser leído como “la merza”. En la espacialidad que abre el texto aparecen claramente los dispositivos de exclusión que este supone, las fronteras que su escritura traza.

Si, como indica David Viñas, la literatura argentina comienza con una violación, con sangre y violencia -la que se produce al final de El matadero por parte del unitario- esta última parece ser reeditada por el pensamiento hegemónico, cada vez que una “amenaza” aparece a contrapelo de su relato en el escenario de la Nación (Viñas, 1971: 264). En La fiesta del monstruo se postula la incompatibilidad de dos dimensiones sociales: los letrados y los plebeyos. Para el modelo liberal romántico, dirá Josefina Ludmer (1988), la política se hace con la palabra que expresa ideas abstractas; para el rosismo, actualizado con la aparición del peronismo, la palabra incorpora con el cuerpo en la acción a la que convoca.

Finalmente, cuando a Borges se le preguntó muchos años después respecto de los sucesos del 17 de octubre, fue tajante

La verdad es que yo creí y sigo creyendo que se trata de una especie de farsa; no creo que sucediera nada realmente. Porque si el dictador hubiera sido secuestrado, y hubiera sido salvado por una turba –como se dijo después-, es muy raro –dado el carácter vengativo del hombre- que nunca investigara el asunto (Sorrentino, 1973: 59).

Por su parte, Julio Cortázar, poco antes de partir a Francia autoexiliado, publica su primer libro de cuentos, Bestiario (1951), que recoge muchas de las sensaciones persecutorias que había despertado en la clase media la aparición de las masas populares. Dos cuentos del volumen, Ómnibus y Casa Tomada, hablan elípticamente del tema. No es casualidad que Casa Tomada haya aparecido primero en una pequeña revista literaria dirigida por Borges. Cortázar escribirá en Razones de la cólera (1950-1951) “Te quiero, país, pañuelo sucio, con tus calles cubiertas de carteles peronistas, te quiero, sin esperanza y sin perdón, sin vuelta y sin derecho, nada más que de lejos y amargado y de noche” (Cortázar, 1968: 198).

El clima que relata Cortázar está signado por una “sensación de violación que padecíamos cotidianamente frente a este desborde popular, nuestra condición de jóvenes burgueses que leíamos en varios idiomas, nos impidió entender ese fenómeno” (citado por Avellaneda, 1983: 106). Años después, Cortázar es el único escritor que realiza una autocrítica (10) en la que reconoce que su visión de los “cabecitas negras” era “reaccionaria”, pero lo que ha mostrado es la visión racista que un sector de la sociedad urbana, que se consideraba blanca y europea, poseía; también objetiviza y contextualiza esa actitud y “termina mostrándola como proviniendo de un fondo de admiración y envidia” (Gamerro, 2007: 51).

Bioy Casares, al ser consultado sobre el significado que le otorgaba a este acontecimiento, dirá que

El año del 17 de octubre, fue un año terrible porque antes de eso, cuando fue la Marcha de la Libertad, parecía el triunfo de nosotros. Fue una cosa espectacular, porque todo el mundo estaba en contra del peronismo, de la dictadura [...] el peronismo no se notaba. Quiero decir: el peronismo estaba seguramente en las fábricas, en otros lugares. No se notaba entre los escritores, entre la gente que uno veía (Sorrentino, 1992: 90-91).

No menos clara era la opinión de la esposa de Bioy, Silvina Ocampo –hermana de Victoria-, quien escribe un poema sobre el 17 de octubre publicado en *Antinazi* (29.11.1945) llamado *Esta primavera de 1945*:

Yo ví una turba histérica, incivil,
que a la Casa Rosada se acercaba,
mientras que en la memoria se mezclaba
como un recuerdo, ya, el presente hostil.

Esa visión de la barbarie que aparece el 17 de octubre en la calle se irá identificando en el campo del antiperonismo con Eva Perón. Tomás Eloy Martínez en su libro *Santa Evita* sostiene que, para quienes se autoconsideraban “depositarios de la civilización, Evita era una resurrección obscena de la barbarie” (1995: 29). Después del golpe de estado de 1955 a Evita se le decía oficialmente “esa mujer”, “pero en privado le reservaban epítetos más crueles. Era la Yegua o la Potranca, lo que en el lunfardo de la época significaba puta, copera, loca” (Martínez, 1995: 9).

Martínez Estrada, que como presidente de la SADE guardó silencio sobre el 17 de octubre y a partir de 1956 publicó una serie de trabajos en los que las críticas no solo se centraban en el peronismo, sino que aducía que ello era parte de la esencia misma de lo argentino. Ya en *Radiografía de la pampa* (1933) des-historiza la realidad nacional, es decir, la descripción de los distintos fenómenos que conformarían la esencia de la Argentina adoptan la forma de estructuras naturales, que en cada instancia repiten una suerte de eterno retorno de males que definen un país sin alternativas, sin destino, al igual que América Latina toda (Martínez Estrada, 1991: 10).

La dicotomía sarmientina permite a Martínez Estrada por una parte, hacer una distinción interna entre la barbarie que constituye la realidad profunda de América y la civilización. Por otra parte, la dicotomía funciona en otro nivel como oposición entre Europa-espíritu-cultura y América-materia-barbarie.

Como intelectual orgánico de una clase dominante y a las vez, ya decadente, renuncia a construir su propio discurso, adoptando la valoración del «nosotros» americano que parte del discurso enunciado por otro sujeto histórico, el europeo, Que

afirmando a sí mismo como valioso, nos deshistoriza condenándonos al estado de naturaleza (Feinmann, 2007: 88).

Hay en ello una clara referencia a las Lecciones sobre la filosofía de la historia universal de W. F. Hegel, quien coloca América fuera de la historia y como parte de la naturaleza, esto es, desconoce toda identidad cultural previa u originaria. En este sentido aparece el discurso de Hermann Keyserling, de gran influencia entre los intelectuales argentinos, quien expresa en sus *Meditaciones Sudamericanas* (Keyserling, 1933: 19) la perspectiva ideológica que hace de Europa el continente del espíritu y de América el continente del tercer día de la creación, naturaleza pura portadora de efectos disolventes para el espíritu europeo.

Cuando aborda la estirpe del argentino, lo piensa fruto de la violación de un español a una india (Martínez Estrada, 1991: 32). De allí saldrán los mestizos que, conscientes de su pasado vergonzoso, despreciados por su padre, resentidos, darán nacimiento al gaucho y a lo “gauchesco”. El libro se cierra retomando la polaridad “civilización – barbarie” con la confesión de un fracaso, porque la civilización consistió en la aplicación de una serie de disfraces (11) en la adopción de formas externas de lo europeo. “Y así se añadía lo falso a lo auténtico. Se llegó a hablar francés e inglés; a usar frac; pero el gaucho estaba debajo de la camisa de plancha” (Martínez Estrada, 1991: 336). Concluye diciendo que

Lo que Sarmiento no vio es que civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio. No vio que la ciudad era como el campo y que dentro de los cuerpos nuevos reencarnaban las almas de los muertos (Martínez Estrada, 1991: 341).

En sintonía con esa visión de “lo argentino”, Martínez Estrada realiza una descripción del 17 de octubre en la que sostiene que

Esas turbas que Perón vertió por las calles de Buenos Aires, sobre la metrópoli, de cuyos suburbios eran oriundas, y que formaban parte del pueblo del Himno, eran el proletariado, al menos el proletariado andrajoso, el Lumpemproletariat. Sí, eran obreros, trabajadores sin especialidad en su mayoría [...] eran los coolies, los poor whites, mano de obra colonial [...] de ahí la congruencia del nombre de descamisados que le dio a su tropa [...] Ese pueblo, el que por primera vez vimos el 17 de octubre, lo seguía (2005: 64-65).

Tratando de explicar el surgimiento del peronismo durante un discurso improvisado en la cena del Club Universitario de Bahía Blanca, el 18 de enero de 1956 dirá:

Inmediatamente reflexioné y recordé que Dios solía castigar a los pueblos valiéndose de los hombres, como leemos en la Biblia. Al propio pueblo elegido con personas de su fe o de otra; y a otros pueblos con éstas o con otras personas. Gengis Khan se llamaba a sí mismo «el látigo de Dios». Es frase común que fueron azotes o flagelos de Dios, Alarico, Atila, Tamerlán, Gengis Khan -¿y por qué no?- César Borgia, Bismarck, Mussolini, Hitler, Stalin y Perón. Perón ha sido un castigo de Dios” (Martínez Estrada, 2005: 329).

También en 1956 escribió *¿Qué es esto?* (Buenos Aires. Lautaro) donde, como afirma Rodolfo Edwards, se reúne “la mayor ristra de insultos a Perón (al que considera un agente de Hitler en Argentina), a su esposa Evita, a sus funcionarios y a todo el pueblo peronista” (Edwards, 2014: 195), abundando el racismo y la violencia vengativa. Allí sostendrá:

El peronismo es un fenómeno genuinamente metropolitano. Un fenómeno paralelo y simétrico en el orden político al de la formación del slum (12), del barrio miserable enquistado en toda gran urbe. Toda gran urbe tiene sus barrios tenebrosos, sus hampas, sus tabernas, sus garitos, sus casas de mala fama [...] son conglomeraciones idénticas a los conventillos, cárceles y leprosarios, zonas donde se hacían no solamente familias miserables sino los individuos estigmatizados por el destino para hacer más difícil la ya difícil marcha del progreso. El peronismo, fenómeno político genuinamente porteño, aunque mixturado con resacas arrojadas por el interior, es un tumor de la metrópoli [...] un habitante del barrio del slum nos daría no un tipo ordinario o plebeyo de peronista, sino la imagen paradigmática del caudillo gobernante y del ciudadano fraudulento (Martínez Estrada, 2005: 52).

En Martínez Estrada aparece un fenómeno que también le había ocurrido a Sarmiento: la invocación a la “sombra”, la de Perón en uno y la de Facundo en el otro. También tienen en común su “asombro” por la aparición de esa “gente” que se vio por primera vez en la calle el 17 de octubre.

El peronismo ha sido para mi país un terremoto, una gran calamidad [...] nos ha revelado [...] la existencia de algunos miembros indeseables de la familia [...] los teníamos relegados a las habitaciones de los fondos de la finca solariega, avergonzados de que fueran tan rústicos, insolentes y rapaces. Perón abrió la puerta que daba al patio del corral y los hizo entrar (Martínez Estrada, 1967: 146).

José P. Feinmann observa que en la Radiografía de la pampa no figuraba la posibilidad de esto que fue sorpresivo (Feinmann, 2007: 88).

Conclusión

No es la aparición del peronismo la que produce la escisión de los intelectuales respecto de ese nuevo sujeto que arriba a la política. Esto ya existía, precisamente por eso no pueden comprender lo que está sucediendo, ya hacía tiempo que, como dice Borges en su poema, pensaban bien y querían ver en el barro agua cristalina.

Aquellos que comprendieron lo que acontecía frente a ellos fueron marginados de los circuitos culturales que los primeros frecuentaban y luego de 1955 de toda la industria cultural.

La discusión en torno a ello que aun persiste, creemos que se zanja con una reflexión que realizara, precisamente en 1945, Eduardo Mallea. Frente a la realidad ficcional de quienes “piensan bien”, construir a partir del

(...) conocimiento anterior del origen de nuestro destino; y en el origen de nuestro destino está el origen de nuestro sentimiento, conducta y naturaleza. En nuestro origen natural está potencialmente contenido nuestro devenir; si perdemos el recuerdo, o sea la ciencia, de nuestro origen interior ¿qué podremos ser? (Mallea, 1945: 23).

De allí lo interesante del comentario de Néstor Kirchner a José Feinmann, podremos ser una estrella en el firmamento, pero no trascenderemos a nuestra individualidad, “solo la construcción colectiva nos reivindicará frente a la historia. Al fin y al cabo todos somos pasantes de la historia” (Feinmann, 2011: 309).

Notas

(1) Cortesi es un periodista italiano corresponsal del New York Times que cubrió desde la Marcha sobre Roma hasta el inicio de la guerra, luego se trasladó a México, donde informó sobre el asesinato de León Trotsky, su llegada a Buenos Aires en 1945 no fue casual, se enviaba un “especialista” en fascismo (Clarín, 16.9.2011, supl. Ñ).

(2) El embajador británico informará el 27 de junio al Foreign Office que entre los corresponsales extranjeros se comentaba que Braden presionaba a Cortesi para mandar informes distorsionados y exagerados (Escudé, 1983: 185; Bosoer, 2011: 108-109).

(3) En esa misma sintonía, otro periodista, Bernardo Ravinovich –por entonces Jefe de Redacción de la agencia United Press- relata que “el 4 de junio con motivo del primer aniversario de la revolución se inauguró una exposición en las playas

subterráneas de la avenida 9 de Julio. Conducía a su acceso una calle de banderas colocadas verticalmente [como para las fiestas patrias se hace aun en la avenida de Mayo] un diplomático uruguayo que había estado en la Alemania de Hitler, tan pronto nos acercamos expresó espontáneamente: ¡igual que en Nurenberg! (...) inmigrantes italianos dirían después: igual que en Roma cuando hablaba Mussolini” (Rabinovich, 1956: 37).

(4) Estas actitudes de intolerancia no eran extrañas, por ejemplo, por el artículo que Delfina Bunge de Gálvez escribe sobre el 17 de octubre en el diario El Pueblo se la expulsó de la Asociación de Escritoras Católicas.

(5) Sin embargo, años después, Borges recordaría a la SADE como “uno de los pocos bastiones contra la dictadura” (Borges, 1999: 122)

(6) Más allá de las declaraciones públicas que realizó Borges, donde se reconoció anti-peronista pero aseguró que esta situación nunca le interesó para hacer literatura, lo cierto es que junto a Bioy Casares escribió una serie de textos decididamente políticos publicados recién después de la caída de Perón, en 1955. Entre ellos l’Illusion comique, El simulacro, Ragnaröck, Martín Fierro, Anotación al 23 de agosto de 1944, y en particular La fiesta del monstruo.

(7) Nunca quedaron claros los motivos por los cuales se tomó esta medida. Según Borges ello se produjo por el apoyo a la causa de los Aliados que expresara (Borges, 2011, 18: 449-452; 20: 368-370).

(8) Publicado en la revista Marcha de Montevideo en 1947 bajo el pseudónimo Honorio Bustos Domecq, recién aparecerá publicado en Buenos Aires en 1977.

(9) La ironía actúa entonces como repositora de ese sentido presupuesto y, por consiguiente, contribuye a reforzar esta lectura dicotómica de buenos y malos, civilizados y bárbaros. El recurso ya está presente en el inicio mismo del cuento.

(10) J. L. Borges, A. Bioy Casares, M. Peyrou, D. Viñas, H. A. Murena, E. Orphée, B. Guido, S. Ocampo, E. Anderson Imbert, J. R. Wilcock, Copi, N. Perlongher, C. Aira, D. Guebel han justificadola visión antiperonista de sus cuentos y novelas (Edwards, 2014: 217).

(11) Las palabras “disfraz”, “simulacro”, “espejismo” y “caricaturas” abundan en el libro.

(12) Palabra inglesa con la que se nombra los barrios humildes, lo que nosotros llamamos “villas miseria”.

Bibliografía

Altamirano, C. (2015), *Bajo el signo de las masas*, Buenos Aires, Emecé.

Altamirano, C. (2000), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial.

Avellaneda, A. (1983), *El habla de la ideología*, Buenos Aires, Sudamericana.

Balé, D. (2011), “La barbarie de la civilización. Usos y tensiones del discurso logocarnofalocéntrico en la construcción del enemigo político en Argentina en Instantes y azares”, *Escrituras nietzscheanas* N.º 9, disponible en: <www.instantesyazares.com.ar>.

Bioy Casares, A. y J. L. Borges (1977), *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, Buenos Aires, La ciudad.

Borges, J. L. (1968), *Nueva Antología Personal*, Buenos Aires, Emecé.

Borges, J. L. (2011), *Obras Completas*, Buenos Aires, La Nación.

Borges, J. L. (1999), *Autobiografía*, Buenos Aires, El Ateneo.

Bosoer, F. (2011), *Braden o Perón*, Buenos Aires, El Ateneo.

Cortázar, J. (1968), *La vuelta al día en ochenta mundos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- Cortázar, J. (2000), *Julio Cortázar-Cartas 1937-1963*, Buenos Aires, Alfaguara.
- Cúneo, D. (1965), *El desencuentro argentino (1930-1955)*, Buenos Aires, Pleamar.
- Edwards, R. (2014), *Con el bombo y la palabra*, Buenos Aires, Seix Barral.
- Escudé, C. (1983), *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina 1942-1949*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Feinmann, J. P. (2007), *Peronismo. Filosofía política de una obstinación argentina*, Buenos Aires, Página 12.
- Feinmann, J. P. (2011), *El flaco*, Buenos Aires, Planeta.
- Gambini, H. (1969), "17 de octubre de 1945", en *Siete Días Ilustrados*, Buenos Aires, Brújula.
- Gamerro, C. (2007), "Cortázar, inventor del peronismo", en Guillermo Korn (comp.), *El peronismo clásico (1945-1955) Descamisados, gorilas y Contreras*, Buenos Aires, Paradiso.
- Keyserling, H. (1933), *Südamerikanische Meditationen*, Anstalt, Deutsche Verlags.
- Ludmer, J. (1988), *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Mallea, E. (1945), *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Eloy Martínez, T. (1995), *Santa Evita*, Buenos Aires, Planeta.
- Martínez Estrada, E. (2005), *¿Qué hacer? Catilinaria*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-Colihue.
- Martínez Estrada, E. (1967), *Para una revisión de las letras argentinas*, Buenos Aires, Losada.
- Martínez Estrada, E. (1991), *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Losada.
- Mercado, S. (2015), *El relato peronista*, Buenos Aires, Planeta.
- Murena, H. (2006), *El pecado original de América*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Panella, C. y M. Fonticelli (2007), *La prensa de izquierda y el peronismo (1943-1949). Socialistas y comunistas frente a Perón*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Perón, E. (1951), *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Peuser.
- Perón, J. D. (1998), *Obras Completas*, Buenos Aires, Fundación pro Universidad de la Producción y el Trabajo/Fundación Universidad a Distancia Hernandarias.
- Rabinovich, B. (1956), *Lo que no se dijo*, Buenos Aires, Gure.
- Rein, R. y C. Panella (2008), *Peronismo y prensa escrita*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Rojas, I. (1993), *Memorias del Almirante Isaac F. Rojas*, Buenos Aires, Planeta.
- Sirven, P. (1984), *Perón y los medios de comunicación*, Buenos Aires, CEDAL.
- Sorrentino, F. (1973), *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Casa Pardo.
- Sorrentino, F. (1992), *Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Viñas, D. (1971), *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Siglo XX.